

## LA CULTURA MARTIROLÓGICA DEL REPUBLICANISMO DURANTE LA RESTAURACIÓN

ÓSCAR ALDUNATE LEÓN | UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

*¡Vanidad del hombre que olvida y es olvidado! No basta con decir a los sueños, a los amores: ¡Renaced! para que renazcan; no se puede abrir la región de las sombras más que con la rama de oro, y para cogerla hace falta una mano joven.*<sup>1</sup>

(F. de Chateaubriand)

Faltaban tres horas para la media noche, un frío día de diciembre de 1931 en Zaragoza.<sup>2</sup> El cierzo soplabá con furia sobre el bullicio y el gentío zaragozano que paseaba por las calles en grupos, o en pareja, en busca de un lugar público donde calentarse, tomar unos vinos, o bailar al ritmo de las orquestas que animaban los cafés. Sólo quedaban un par o tres de horas, para que las respectivas funciones de los teatros y cines zaragozanos,<sup>3</sup> cerraran sus puertas, expulsando a los más trasnochadores a terminar su divertimento y tertulia entre amigos, en los cafés que seguían estando en servicio, más allá de la media noche. Nuestro protagonista, Manuel Serrano Serrate,<sup>4</sup> que recién había salido de la redacción de *La Voz de Aragón*<sup>5</sup> después de entregar sus originales manuscritos a última hora, justo para el cierre de la edición del periódico de la

---

<sup>1</sup> François de Chateaubriand: *Memorias de Ultratumba*, Barcelona, Acanalado, 2004, tomo I, p. 606.

<sup>2</sup> Mi agradecimiento a Mariano Amada. El artículo a tres columnas, se titulaba «El señor Joaquín, maestro guarnicionero, jubilado, del Ayuntamiento y decano en Zaragoza de los veteranos de la República del 73», firmado por Manuel Serrano Serrate, en la página tercera del 9 de diciembre de 1931, en *La Voz de Aragón*, me fue proporcionado gracias a su amabilidad y compañerismo.

<sup>3</sup> «En 1925 funcionaban en Zaragoza los teatros Principal, Circo, Parisiana y Fuenclara, los cines Aragón, Doré, Ena Victoria, Delicias y Madrid, además de dos cabarets, el Royal Concert y el Maxim's». Amparo Martínez Herranz: *La arquitectura teatral en Zaragoza. De la Restauración borbónica a la Guerra Civil, (1875-1939)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, Tomo I, p. 360.

<sup>4</sup> Luis Alvar Sancho: *La prensa de masas en Zaragoza (1910-1936)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996, p. 103 (Luis Alvar menciona sus constantes colaboraciones en *La Voz de Aragón*).

<sup>5</sup> Luis Alvar Sancho, *ibidem*, pp. 101-106, y José Ramón Marcuello Gavín: «*La Voz de Aragón (1925-1935)*», en *Historia del periodismo en Aragón*, Zaragoza, Diputaciones de Zaragoza, Huesca y Teruel y Asociación de la Prensa de Zaragoza, 1990, pp. 71-73.

mañana siguiente, se dirigía, con la prisa que anima el frío, al viejo Café de Madrid. Se había vestido para la ocasión, todo un *dandy*, porque había quedado con el crítico teatral del periódico, Marín Sancho,<sup>6</sup> quien le iba a presentar a las féminas de la última compañía de teatro de variedades que actuaba en el «Parisiana». Era simple coquetería. Él ya era un hombre de familia, con hijos. ¡A eso le llamaban quehaceres profesionales! Pero la cita se haría esperar, hasta el cierre de la última función. Impaciente en la espera, se sentó frente a una de las mesas del café y, sin pretenderlo ni quererlo, comenzó a observar a la gente de su alrededor. La mayoría, concentrada en su respectiva partida de guiñote, pero, justo en la mesa que tenía a su lado, se percató de que ya habían olvidado los naipes y comenzaban a mantener una agradable conversación sobre otros tiempos, ya lejanos. Después, supo que aquel grupito de amigos, ya de edad proveya, se hacían llamar «*la peña de los viejos*». En aquel momento, estaban escuchando con delectación una voz y unas palabras de un viejecito octogenario, nacido el 13 de septiembre 1844, natural de Barbastro, llamado Joaquín Andreu Blanch.

Émulo de Marlow,<sup>7</sup> o de cualquier otro alter ego de Conrad en alguna de sus novelas, conseguía que sus oyentes viajaran a una Zaragoza fenecida: la republicana de mitades y finales del xix. Los periódicos del día, repartidos por la mesa del café, mostraban noticias sobre Alejandro Lerroux, ministro de Estado de la II República. No era difícil imaginar cómo había surgido la conversación. A don Joaquín, se le había presentado Lerroux en un casino de Zaragoza, durante los primeros años de la Restauración,<sup>8</sup> cuando a éste le perseguía la Guardia Civil, y cuando nuestro apacible anciano estaba al mando en

<sup>6</sup> Luis Alvar Sancho: *op. cit.*, p. 103.

<sup>7</sup> El alter ego que utiliza Joseph Conrad en sus novelas *Lord Jim* (Valencia, Pre-textos, 2001) y *El corazón de las tinieblas* (Madrid, Cátedra, 2005). Uno de sus recursos narrativos es el de las disrupciones temporales en los relatos. Pone en boca de un narrador externo (su alter ego), la historia y el relato que redacta. Empatiza con el lector, como si ese narrador estuviera hablando con nosotros dentro del contexto ficticio del libro, describiendo paisajes, épocas pasadas, que aparecen en nuestra imaginación como reales. Hemos hecho este pequeño excursus para reseñar la importancia que poseía la oralidad en sociedades donde la velocidad de la comunicación era lenta, y los medios de comunicación de masas estaban todavía por llegar. La oralidad, como canal de comunicación por el que transitaba la memoria, incrementaba exponencialmente su verismo y supuesta realidad.

<sup>8</sup> Hemos de intuir, leyendo a José Álvarez Junco: *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990, p. 42, que el encuentro entre ambos debió de haber tenido lugar entre octubre de 1886 y junio de 1887. Durante esas fechas, en los sueltos de la prensa se dejaba traslucir el clima conspiratorio: cortes de líneas telegráficas, las sospechas y el especial seguimiento que se hizo al brigadier Villacampa en el viaje que hizo a Huesca, en junio de 1886, (*La Derecha*, 19 de junio de 1886, p. 2), tres meses antes de su pronunciamiento militar en la guarnición de Madrid, el 19 de septiembre del mismo año. Según relata Álvarez Junco, *ibidem*, p. 42, Lerroux en aquel tiempo, trasladaba los mensajes del Comité civil republicano progresista de Madrid, al comandante conjurado de Alcalá de Henares. Después vendría el cambio de nombre, el encuentro en Zaragoza, y su huida a Sagra, Alicante.

Zaragoza de una partida republicana armada, imaginamos que oculta y secreta, compuesta de cuarenta hombres, y en las que figuraban Serafín Pérez, y Gil, apodado el alpargatero. Ellos, según cuenta el citado narrador, fueron su salvaguarda en Zaragoza. También habló de su propia vida. De su infancia en el colegio de los Escolapios, de cuando comenzó a trabajar como aprendiz de guarnicionero, de cuando tuvo que cumplir con sus deberes militares en los últimos días del reinado Isabel II defendiendo el puente de Alcolea bajo el mando del general Pavía, de las tropas de Serrano. Fue la experiencia democrática del Sexenio en Barbastro, la que provocó en él su «profesión de fe republicana». <sup>9</sup> «Sus entusiasmos por la causa le llevaron a fundar con Basilio Fierro, y Ralvi, el músico, una partida republicana que fue recorriendo las comarcas del Alto Aragón propagando sus ideales». <sup>10</sup>

No faltaban las anécdotas. Ralvi y Andreu formaron dos guerrillas que sumaban unos trescientos partidarios. Se aprovisionaban en los pueblos donde había Administradores de Rentas, y mantenían constantes luchas con carabineros y Guardia Civil.

Un curioso lance les sucedió con unas tropas de carabineros. El señor Andreu suele contarlo así a sus compañeros de peña: En una ocasión, cerca de Graus, nos encontramos con una columna de carabineros que un teniente coronel iba reclutando por los puertos de la montaña. Ante la imposibilidad de hacerles frente, ideé con Ralvi una estratagema para decidir el combate. Ralvi, que tocaba muy bien el cornetín, se parapetó en un altozano, y allí comenzó a tocar diferentes toques militares, como si hubiera varias fuerzas reunidas. Al frente de mi guerrilla cerré el paso a los carabineros, y suponiendo el teniente coronel que los mandaba que estaban copados nos pidió parlamento. Acordamos en la entrevista que cada fuerza se marchase por caminos distintos, y la desesperación del teniente coronel no tuvo límites al enterarse de que nuestra partida sólo se componía de los hombres que había visto. <sup>11</sup>

Las horas de la noche trascurrieron con rapidez a lo largo de su dilatada vida. Recordaba con infinito cariño y estima las tertulias que mantenían en el Café de la Iberia de Zaragoza, durante los años que antecedieron a la I República, «Marceliano Isabal, Basilio Paraíso, Santiago Dulong, y el viejo sargento González, estanquero de la calle del Coso, famoso por rehusar cuantas monedas de plata con la efigie de la Monarquía le daban para abonar las compras de tabaco». <sup>12</sup> Sería el encargado de representar a los republicanos de Zaragoza en el Juramento de Nicolás Salmerón como presidente de la I

<sup>9</sup> *La Voz de Aragón*, 9 de diciembre de 1931, p. 3.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 3.

República, y casi un año después, el 4 de enero de 1874, el que organizara y dispusiera las barricadas y a los voluntarios de la República, en la plaza de las Estrébedes, de Zaragoza. En plena Restauración, con las conspiraciones militares en el olvido, volvería a su trabajo de juventud: la guarnicionería, estableciéndose en la calle de San Pablo. Años más tarde, sin haber ocupado jamás ningún cargo político ni electo, le dieron la plaza vacante de maestro guarnicionero del Ayuntamiento, hasta su jubilación, en 1928.

Debo agradecer a Mariano Amada la recuperación del artículo de Manuel Serrano Serrate en *La Voz de Aragón*. El ejemplo de Joaquín Andreu es el de uno de tantos republicanos que supieron forjar el mito del amor a la República como un ejemplo de virtud, que se transmitía de manera oral entre generaciones. Tendríamos que mencionar y extendernos en la importancia que adquirió y tuvo como militante en el republicanismo federal de Zaragoza y Aragón, la figura de don José María Ugarte y Sierra. La necrológica más hermosa que existe en el periódico republicano *La Derecha* (1881-1901) se la dedican a él.<sup>13</sup> Repasa toda su vida, desde su infancia y juventud en el Cádiz de 1800, amanuense y discípulo de Agustín Argüelles, para, más tarde, ser uno de los protagonistas en forjar la Milicia Nacional durante el Trienio Liberal, naturalista en Argentina durante su exilio fernandino, director de las minas de Almadén, jefe de partidas republicanas por el Pirineo aragonés, en torno a 1852, hasta su último cargo público, como el diputado más anciano de las Cortes de la I República, por Córdoba exactamente. En su lecho de muerte todavía seguía discutiendo y reprobando las decisiones del comité federal republicano, que dirigiera Serafín Asensio, y dando consejos a Marraco o a Juan Pedro Barcelona, que lo escuchaban con devoción.

Las vidas de muchos republicanos humildes y olvidados constituían ejemplos morales y de virtud para la juventud que escuchaba con asombro sus viejas historias. Era una de las formas por las que la memoria del pasado se reproducía socialmente, en aquella vieja sociedad de cafés, de casinos, de lámparas de quinqué de petróleo, de landós, de carretas y de burros. Era su acercamiento con la historia, con el pasado,<sup>14</sup> pero también una manera de proyectar esa memoria, y sus valores asociados a ella, hacia el futuro.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> La necrológica a tres columnas puede consultarse en *La Derecha*, 8 de enero de 1890, pp. 2-3.

<sup>14</sup> Más bien, desde la perspectiva del historiador que observa el pasado como algo muy alejado, y que nada tiene que ver con su presente, debiéramos de concluir que se trata de la «reutilización de una memoria desplazada de su pasado». Ignacio Peiró Martín.: «La consagración de la memoria», *Ayer*, n.º 53, 2004, p. 181.

<sup>15</sup> Reinhart Koselleck.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 333-357.

Es aquí donde debemos establecer la distinción entre proyectos de memoria institucionalizados<sup>16</sup> y formas de memoria de carácter «consuetudinario»,<sup>17</sup> o social, o cultural, más propios de la oralidad.<sup>18</sup> Asimismo, los historiadores profesionales debiéramos ser conscientes de que la memoria está sometida a las leyes de la corrosión del tiempo, de su caducidad y de su muerte, quizá por hechos y acontecimientos políticos e institucionales, o también, por qué no, naturales y «consuetudinarios». La Historia de la memoria, debiéramos entenderla como «una historia de los usos del pasado en los sucesivos presentes»,<sup>19</sup> ó en los sucesivos pasados, si nos ubicamos en la contemporaneidad que vive el historiador.

La Francia revolucionaria de finales del XVIII, proyectó hacia el futuro las formas por las que determinados sucesos o acontecimientos podían quedar grabados en la «memoria colectiva» de una sociedad durante varias generaciones. La fuerza de ese recuerdo se mantuvo incólumne durante el siglo XIX<sup>20</sup> por su carácter turbador, violento, salvaje. En eso consistió la potencia de su recuerdo. Nada que ver con la pausada transmisión de la historia, de la literatura, que pregonaban en la Europa del Congreso de Viena Savigny o los hermanos Grimm, los padres del método de la encuesta. La muerte se erigió en un acontecimiento memorable. Pero no la muerte banal, propia de la senectud. La muerte individual o colectiva, como expresión de la Virtud con mayúsculas. La virtud de ser capaz de dar la propia vida por la República y por la patria.

Hago hincapié en que no hablamos de método histórico, hablamos de memoria,<sup>21</sup> y de cómo esa memoria adquiere la suficiente «potencia»<sup>22</sup> para pro-

<sup>16</sup> Véase F. Hartog y J. Revel (dirs.): *Les usages politiques du passé*, París, Editions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001. Juan José Carreras y Carlos Forcadell.: «Introducción. Historia y política: los usos», en *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons-PUZ, 2003, pp. 11-45.

<sup>17</sup> Una aclaración del término «consuetudinario», en Felipe González Vicén.: «La Escuela histórica del derecho», *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, nº 18-19, 1978-1979, pp. 1-48.

<sup>18</sup> Esta indistinción de formas de memoria, es la crítica que se ha realizado al libro de Pierre Nora, «Los Lugares de la memoria...» Véase Gonzalo Pasamar Alzuria.: «Los historiadores y el «uso público de la historia»: viejo problema y desafío reciente», *Ayer*, nº 49, 2003, p. 242.

<sup>19</sup> Ch. Delacroix, F. Dosse y P. Garcia: *Les courants historiques en France, 19<sup>o</sup>. 20 siècles*, París, Armand Colin, 2002, p. 263. El entrecomillado y la cita corresponden a Ignacio Peiró Martín: «La consagración de la memoria», *op. cit.*, p. 201.

<sup>20</sup> Maurice Agulhon: «*Marianne au Combat: l'imagerie et la Symbolique Republicanines de 1789 a 1880*», París, Flammarion, 1979.

<sup>21</sup> Juan José Carreras Ares: «¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia», en *Las escalas del pasado*, Coords. Carlos Forcadell y Alberto Sabio, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005, pp. 15-24

<sup>22</sup> Hacemos uso del concepto «potencia», como manifestación de la *cupiditas*, del deseo. De un proyecto que se encuentra ante una imprevisible y constante negación en sus expectativas sobre el futuro, y el dominio del mismo. Todo lo contrario a la *potestas*. La potencia no es poder, es deseo de poder. Antonio Negri: *La anomalía salvaje. Ensayo sobre poder y potencia en B. Spinoza*, Barcelona, Antrophos, 1993.

yectarse, lanzarse e imponerse, en las generaciones venideras de una sociedad. El discurso de la Historia sólo puede reconstruirse desde los sucesivos presentes mediante la aplicación, racional y crítica, de un método. La memoria, por el contrario, supone la construcción social y cultural de una imagen y una creencia del pasado, que imanta y se genera en los grupos e individuos sociales, como consecuencia de su sociabilidad, dialéctica y relación, con las formas de cultura o medios de comunicación de cada época.

Cuando hablamos de canales nos referimos a los caminos o autopistas por los que transita un discurso, como el de la referida memoria. Es por lo que la misma mereciera la pena ser estudiada con los enfoques de la nueva historia discursiva, o la historia cultural.

Los canales por los que la memoria se proyectaba hacia el futuro durante el siglo XVIII y XIX, fueron variados. Todos ellos, redescubiertos en la Francia revolucionaria. Los hermosos y monumentales lienzos de Jacques Louis David<sup>23</sup>: *La muerte de Marat*, ó *Leonidas en el Paso de las Termópilas*, eran concebidos, por las colosales dimensiones del cuadro, con el propósito de ser expuestos hacia la multitud como un ejemplo moral de héroes que dieron su vida por la Patria, por la República, constituyendo un ejemplo de virtud a imitar, e inmortalizados para la posteridad infinita en las Salas del Museo del Louvre. En España, cuadros como el de Antonio Gisbert, *El fusilamiento de Torrijos*, debieron su realización al expreso encargo de Práxedes Sagasta, en 1888, plena regencia de María Cristina. La propia Restauración monárquica volvía la cabeza hacia la década ominosa de Fernando VII recordando a los liberales fusilados. La magistral traza del pincel de Gisbert nos mostraba la imagen serena y solemne, propia de quien espera estoicamente la muerte, de Torrijos y el resto de sus compañeros, sintiendo la vida que proporciona el calor de sus manos entrelazadas. Debajo de ellos, los cuerpos desmadejados y tirados, pintados con violentos e inverosímiles escorzos de brazos y piernas, de los ya caídos y muertos. Era el ajuste de cuentas de un Sagasta, quizá con mala conciencia, que decidió homenajear a sus antiguos correligionarios liberales. Viejas luchas. Vieja juventud.

Eusebio Blasco y Soler, tantas cosas en su vida, desde vividor y gran conocedor de la noche madrileña y parisién, corresponsal y redactor de *Le Figaro*, hasta autor de infumables obras teatrales de género ínfimo, preludeos del *couplet*,<sup>24</sup> ofrecía en el Ateneo Madrid, en torno al 28 de febrero de 1898, una conferencia pública sobre el Madrid de mitades de siglo. Hablaba del joven Sagasta revolucionario de 1854, y de sus amigos conmillones en el Partido Progresista, entre otros, de Nicolás María Rivero.

<sup>23</sup> Jean Starovinsky: *1789, los emblemas de la razón*, Madrid, Taurus, 1988, pp. 55-68.

<sup>24</sup> Serge Salaün: *El cuplé (1900-1936)*, Madrid, Espasa Calpe, 1990, pp. 14-38 y pp. 39-68.

Al narrar tan distinguido escritor la jornada del 22 de Junio, mencionó cómo uno de los patriotas que en aquel memorable día hizo mayores proezas al lado de Rivero, a un banderillero de la cuadrilla de Cayetano Sanz, llamado Juan Rico, y a quien Blasco creía muerto. Al día siguiente se le presentó un anciano diciéndole: «Soy Juan Rico, no he muerto, tengo setenta y cinco años y vengo a darle las gracias por sus palabras de ayer al recordarme...»<sup>25</sup>

El viejo liberal, que tanto había luchado, y que tan buen amigo fue de Sagasta, se encontraba en la miseria más absoluta. Eusebio Blasco, que en la época era de los personajes más famosos de la corte, por no decir de la bohemia madrileña, le escribió una carta al presidente del Consejo de Ministros (Sagasta) comentándole el casual encuentro con su viejo correligionario, así como su precaria situación económica. Al cabo de unos días, D. Práxedes Mateo, «... le responde con una credencial del Ayuntamiento de Madrid de capataz, destinada a Juan Rico...»<sup>26</sup>

Durante la Restauración el culto del recuerdo a los viejos liberales no estaba, ni mucho menos, reprimido. Valga como ejemplo que la ley del Sexenio Democrático que regulaba la entitulación de las calles, ni se alteró ni se modificó. De facto, los nombres de las calles siguieron conservando su denominación primitiva. Y es que, cabe reseñar y subrayar, el hecho de que los dos principales actores políticos del Pacto del Pardo, Cánovas y Sagasta, durante su juventud no dejarían de ser unos liberales exaltados. Asunto diferente fueron sus derivas. Como ellos, prácticamente toda la élite política que copaba los altos cargos procedía del Partido Progresista de época isabelina. Los márgenes estaban lo suficientemente claros y delimitados. A un lado, carlistas y moderados isabelinos. Al otro, el republicanismo, y con muchos matices.

La construcción de esa cultura martirológica por el republicanismo vino dada, principalmente, del recuerdo de sus luchas y desventuras contra el carlismo a lo largo del siglo XIX. No es que su construcción y recuerdo, precisamente, pusiera en entredicho la Restauración de Alfonso XII y la Regencia de María Cristina, en la medida que la asunción de una lucha común con los liberales frente al enemigo absolutista, fue un hecho y una realidad que en absoluto incomodaba a la España monárquica liberal.

El recuerdo de la última guerra carlista, en muchos pueblos aragoneses, era muy joven. Se pueden encontrar en la prensa de la época notas y apuntes de cómo llegaban partidas carlistas a un pueblo, lo saqueaban, y solían llevarse, tras su paso, rehenes y secuestrados. Pero no sólo de la última guerra; la forma más generalizada de recuerdo por los caídos el 5 de marzo de 1838, tanto

---

<sup>25</sup> *La Derecha*, 2 de marzo de 1898, pp. 2 y 3.

<sup>26</sup> *Ibidem*.

en Huesca como en Zaragoza, era la misa funeral. Las misas eran promovidas desde los plenos de los Ayuntamientos. Sabemos que en Zaragoza, año tras año, como si de una ancestral costumbre o práctica consuetudinaria se tratara, se celebraban funerales en la iglesia de San Cayetano<sup>27</sup>. Repetitivamente, año tras año, la ceremonia litúrgica del funeral se repetía en Zaragoza por los fallecidos<sup>28</sup> los días 7 y 8 de octubre de 1869.

Pero hubo también otra cultura del recuerdo alternativa a la que se difundía por los meros cauces institucionales. Como comentábamos con anterioridad, si bien el poder público y estatal optará a lo largo del siglo XIX por la erección de estatuas,<sup>29</sup> nombres de calles, manuales escolares, museos, teatros de titularidad estatal, el recuerdo de los vencidos, de los marginados, optará por otros canales mucho más sutiles, quizá más efectivos. Es, por ejemplo, la memoria que se proyecta dentro de la familia, de las esquelas en la prensa, de las necrológicas, de los libros de memorias, de la oralidad, o de misas funeral sufragadas por amistades, familia, correligionarios...

La cultura martiroológica propiamente republicana, arrancará su experiencia a partir de las desventuras ocurridas a partir de la Primera República. Es una memoria construida y patrimonializada por el republicanismo que, durante los tres gobiernos en que Cánovas se encargó de la presidencia del Consejo de Ministros, hasta la muerte de Alfonso XII, en 1885, será perseguida y reprimida. La regencia de María Cristina marcaría otra etapa. Son en esas fechas cuando los banquetes republicanos, los 11 de febrero,<sup>30</sup> en recuerdo de la Primera República, fueron sistemáticamente desautorizados desde los Gobiernos civiles. Habría que contextualizar la época y el tiempo. Los exiliados republicanos,<sup>31</sup> tras la Primera República, se repartían entre Francia y las viejas colonias americanas. El núcleo francés fue aglutinando, en torno a Manuel Ruiz Zorrilla y Ferrer y Guardia, a todos los militares y voluntarios que participaron en los diversos pronunciamientos armados que hubo durante la monarquía de Alfonso XII.

<sup>27</sup> La noticia del acuerdo del pleno del Ayuntamiento sobre celebrar una misa-funeral en la iglesia de San Cayetano por los caídos el 5 de marzo de 1838, en *La Derecha*, 12 de febrero de 1884, p. 2. El 4 marzo de marzo de ese año, y en general año tras año, el periódico republicano *La Derecha*, se hacía eco de las misas por las almas de los liberales muertos.

<sup>28</sup> *La Derecha*, 7 de octubre de 1885, p. 3.

<sup>29</sup> Ignacio Peiró Martín: «La historia, la política y la imagen en la Restauración», pp. 7-39, en el libro coordinado por M.<sup>a</sup> del Carmen Lacarra y Cristina Giménez, *Historia y política a través de la escultura pública, 1820-1920*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003.

<sup>30</sup> Pere Gabriel: «Los días de la República. El 11 de febrero», *Ayer*, nº 51, 2003, pp. 39-66.

<sup>31</sup> Véase en el número de la revista *Ayer*, nº 47, 2002, los artículos de Ángel Duarte: «Republicanos, emigrados y patriotas. Exilio y patriotismo español en Argentina en el tránsito del siglo XIX al XX», pp. 57-79; Juan Francisco Fuentes: «Imagen del exilio y del exiliado en la España del siglo XIX», pp. 35-56, y Rafael Sánchez Mantero: «Exilio liberal e intrigas políticas», pp. 17-33.



Podríamos citar a uno de los más significados protagonistas en los *Episodios Nacionales*, de Benito Pérez Galdós: Alberto Araus.<sup>32</sup> Casi todos los exiliados eran republicanos de acción. El caso de Alberto no era una excepción. Gran amigo de Manolo Cárceles, fue el secretario de la Junta de Sanidad del Cantón de Cartagena. Sabemos de él gracias a su necrológica<sup>33</sup> en *La Derecha*, el 22 de febrero de 1882. No quiero extenderme. Su entierro se celebró en el cementerio civil de Père-Lachaise, en París, acudiendo a la ceremonia todos los exiliados republicanos, el presidente de la Asociación de la Prensa francesa, y Nicolás Salmerón. Sólo decir que su hermano, Mariano Araus, fue el gran padrino de los escritores y periodistas aragoneses en Madrid, desde 1870 hasta su muerte, en 1902. Fue él el que catapultó hacia el éxito al joven periódico *El Imparcial*, para, más tarde, hacia 1879, cofundar el mítico *El Liberal*, y reclamar los servicios de un olvidado director de *El Diario de Tarragona*, su gran amigo Mariano de Cavia. Y, curiosidades eruditas, el 30 de septiembre de 1886, aparece en *La Derecha* un suelto<sup>34</sup> que menciona a otro hermano de los dos, Juan, al que se le perdonó la pena impuesta por su participación en la intentona del pronunciamiento militar del brigadier Villacampa, en septiembre de 1886, gracias a sus servicios durante la epidemia de cólera del año anterior.

El exilio de Alberto Araus era el residuo de su activa participación en la insurrección cantonal de 1873. A él se le fueron sumando muchos más, u otros que venían de antiguo, como el caso de José Paúl y Angulo, prófugo de la Justicia desde 1870, por atribuírsele, de manera directa, el asesinato de Prim. Sólo existían dos alternativas a ese exilio: la muerte, o la reclusión de por vida en la prisión de Fernando Poo, en África, un pequeño islote fortificado en pleno Golfo de la Guinea Ecuatorial.

El recuerdo, en Zaragoza y en Aragón, hacia los muertos y exiliados en el extranjero, fue permanente. La forma de memoria más perdurable era la que surgía desde la propia privacidad y vivencia íntima del dolor. La familia, a lo largo del siglo XIX, se convertiría en un factor determinante en la reproducción, no sólo de la memoria y del recuerdo, también de la ideología. Debíamos de añadir también la propia camaradería entre correligionarios. En Huesca, todos los 8 de noviembre, se reunían en el cementerio de la ciudad las familias, las viudas, los hijos, y los viejos y nuevos correligionarios de los patriotas fusilados el mismo día, un 8 de noviembre de 1848. Entre 1884 y 1885, los republicanos oscenses tomaron la iniciativa de abrir una suscripción popular con el fin de

<sup>32</sup> Benito Pérez Galdós: *Episodios nacionales. Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1951, p. 1145, p. 1156, p. 1168, p. 1175, p. 1183. Véase también, Gemma Martínez de Espronceda: *Los diputados aragoneses de la Gloriosa a la I República (1868-1874)*, Zaragoza, Cortes de Aragón, 1997, pp. 93-95.

<sup>33</sup> *La Derecha*, 18 de febrero de 1882, p. 2.

<sup>34</sup> *La Derecha*, 30 de septiembre de 1886, p. 3.

erigir y costear, un mausoleo en su cementerio, en recuerdo de sus ancestros fusilados.<sup>35</sup> La obra le sería encargada al arquitecto Félix Navarro, e inaugurada el 9 de noviembre de 1885.

No deja de ser significativo que la cuestación popular para erigir el citado mausoleo, no estuviera tan alejada en el tiempo de la gran suscripción benéfica organizada por Eusebio Corominas, en Barcelona, difundida a través de *La Publicidad*, en la primera semana de julio de 1884, y apoyada por *La Derecha*,<sup>36</sup> en Zaragoza, y *El Progreso*, en Madrid, en beneficio y caridad de las viudas y huérfanos de los militares fusilados por delito de rebelión, Ramón Ferrandez y Ramón Bellés. Sus viudas y sus familiares residían en Zaragoza. Aparte del mismo hecho, muy significativo desde la perspectiva de la historiografía de género, conviene que destaquemos la enorme relevancia, como fuente histórica, de los listados de nombres que aparecen publicados en la prensa, que nos puede servir para rastrear de manera pormenorizada e individualizada cuáles eran las bases sociales del republicanismo en Zaragoza, o en otros lugares, como Barcelona o Madrid. El antiguo recurso historiográfico de la prosopografía,<sup>37</sup> nos servirá para reconstruir, a partir de todos los nombres y apellidos que aparecen publicados en la prensa –listas de suscripciones, necrológicas, pequeños sueltos recordando al correligionario muerto, esquelas–, las dinastías y genealogías familiares, republicanas y liberales, que arrancaron en el período desamortizador de Mendizabal y acabaron, abruptamente, en la guerra civil de 1936.

Acabando ya esta breve comunicación, no nos deberíamos olvidar del culto y el recuerdo, que se perpetuaba en la vieja iglesia de San Miguel de los Navarros de Zaragoza, hacia los voluntarios de la República caídos y muertos, el 4 de enero de 1874. Acordémonos de las viejas palabras de aquel anciano, Joaquín Andreu Blanch, en el viejo Café de Madrid, cuando le tocó en suerte organizar la defensa y las barricadas, de la plaza de las Estrébedes, ante las tropas del general Pavía. Aquel mismo día, murieron en combate los siguientes voluntarios de la República:

José Fabón Fabón, Agustín Millán, Simón Vicente Perales, Simón Gracia Castán, Cayetano Guerrero Maroc, Matías Beltrán y Celma, Mariano Gay y Gracia, Joaquín Isarre y Celma, Timoteo Palacios Felipe, Melchor Cameo Barberán, Manuel Echevarría Latorre, Francisco Mayán, Eusebio Moreno Alfonso, Juan

<sup>35</sup> Véase *La Derecha*, los días 26 de noviembre de 1884, p. 2, 9 de enero de 1885, p. 3, 29 de junio de 1885, p. 1, 13 de octubre de 1885, p. 2, y el 10 de noviembre de 1885, p. 2, día de la inauguración del citado mausoleo.

<sup>36</sup> Las suscripciones populares en *La Derecha* comienzan a publicarse el 9 de julio de 1884, p. 1.

<sup>37</sup> Un ejemplo de utilización del método prosopográfico en los estudios del siglo XIX, es el de Pedro Carasa Soto. Podemos citar, entre sus numerosas publicaciones, *Elites: Prosopografía contemporánea*, Valladolid, Secretariado de publicaciones de la Univ de Valladolid, 1994; «Elites castellanas de la Restauración: del bloque de poder al microanálisis». *Historia contemporánea*, nº 13-14, pp. 157-196.

Moreno Alfonso, Melchor Salazar Sánchez, Miguel Guallar Pelegrín, Manuel Gilaberte, Julián López Marchante, Carlos Martínez, y Diego Alfonso Baeta.<sup>38</sup>

Las formas de recuerdo y de culto a los muertos por la República tuvieron en la Zaragoza de la época, un correlato histórico bastante oportuno, el del martirio de Juan de Lanuza. Un mes después de haber terminado con la dirección de las obras del mausoleo en recuerdo de los fusilados el 8 de noviembre de 1848, en Huesca, Félix Navarro publica una histórica y memorable carta en el periódico *La Derecha*,<sup>39</sup> el 21 de diciembre de 1885. En ella expresa la urgente necesidad de conmemorar el próximo centenario de la muerte de Juan de Lanuza con un monumento que honrara su recuerdo en Zaragoza. Era el intento, por parte de las bases sociales republicanas, de vivenciar el dolor del presente traspasándolo a un pasado tan lejano: cuatrocientos años. No cabe duda de que existía una intención de monopolizarlo, pero el sentimiento de simpatía por el personaje no dejaría de amalgamar lo más variopinto de la sociedad política y cultural de la época. La obra de teatro más popular durante los años 70, 80 y 90 del XIX, acogida con entusiasmo unánime por toda la sociedad zaragozana, y española, fue la del caracterizado demócrata y republicano, Marcos Zapata, *La capilla de Lanuza*. Habría otra, que hoy ya pertenece al olvido. Era representada<sup>40</sup> todos los cuatro de enero, en Zaragoza, en el casino republicano federal, o en el «Novedades». Su autor, el republicano federal, Luis Blanc<sup>41</sup>. Periodista y agitador, tan opuesto siempre a Pi, y que durante los primeros años de la Restauración, malvivía con su pequeña compañía ambulante de teatro infantil. Su obra, *Justicia Suprema*.

<sup>38</sup> Esquela orlada publicada en *El Diario Democrático de Zaragoza*, el 2 de enero de 1880, p. 2.

<sup>39</sup> *La Derecha*, 21 de diciembre de 1885, p. 3.

<sup>40</sup> *La Derecha*, 5 de enero de 1885, p. 3.

<sup>41</sup> Eloy Fernández Clemente y Carlos Forcadell Álvarez: *Aragón Contemporáneo. Estudios*. Zaragoza, Guara, 1986, pp. 223-230.